

LA INQUIETUD POLÍTICA DEL PSICOANALISTA

François Leguil

La cita que acaba de hacerse del seminario de Lacan dedicado a la *Ética del Psicoanálisis*, efectivamente enmarca muy bien lo que tengo que decir esta noche; los problemas particulares que nos son planteados por las personas que vienen a vernos porque sufren, son siempre problemas particulares que no se pueden tratar sin la consideración de que esos problemas particulares son determinados por una situación mucho más general que los sobrepasa y que reencontramos constantemente en presentes Freud, bajo una dimensión que atraviesa toda su enseñanza y que se llama tanto: la cultura, la sociedad o la civilización.

Primeramente, voy a explicar mi título: La inquietud política del psicoanalista. Hubiera podido llamar a esta conferencia "Las incidencias políticas del psicoanálisis", de la misma manera como hubiéramos podido sostener un título como "Las incidencias políticas de la medicina", a saber, que no se ejerce jamás una actividad tan crucial, que consiste en tratar de mejorar la condición de un individuo, sin tener en cuenta el medio donde se ha nacido, así sea sólo para enmarcar sus posibilidades de acción y que hay una incidencia política, en el sentido general del término, si se debe tratar a alguien en un medio extremadamente rico en el plano técnico o si se debe tratarlo en una montaña extremadamente pobre y desprovista de medios. La práctica no será de ningún modo la misma. Se ve bien hoy, por ejemplo, en esta enfermedad moderna que es el SIDA, en el que las incidencias políticas son mayores: si usted es afectado por el SIDA y vive en el hemisferio norte usted tendrá una pequeña oportunidad de no morir, mientras que si usted está afectado por esa misma enfermedad y vive en África negra, usted morirá sin remedio. Entonces, es por razones políticas que la práctica va a modificarse de un lugar al otro. Por tanto, si hubiera sostenido el título "Las incidencias políticas del Psicoanálisis", hubiera sostenido una especie de argumentación del buen sentido, a saber, que el Psicoanálisis debe adaptarse a las condiciones culturales o socioeconómicas del lugar donde se ejerce.

Hubiera podido llamarla también, no "Las incidencias políticas del psicoanálisis", sino las consecuencias políticas. Allí también, para toda práctica hay consecuencias, y se podría incluso generalizar la famosa frase de Saint Justo, el cual fue un joven revolucionario francés, compañero de Robespierre, y que murió guillotinado el mismo día que él, y quien fue el que lanzó esta frase: "nadie gobierna impunemente"; se puede decir también: "nadie cura impunemente", "nadie enseña impunemente", "nadie psicoanaliza impunemente"; y en el fondo, esto ya no podría ser una argumentación del buen sentido, sino que sería el desarrollo de aquello que con Kroeber llama la ética de la responsabilidad. Kroeber oponía



la ética de la responsabilidad y la ética de la convicción. Aquí también ustedes estarán completamente de acuerdo con todo mi desarrollo, en el sentido de que cualquiera que sufre de perturbaciones neuróticas u otras, y va donde un psicoanalista, ve finalmente que su vida ha sido profundamente modificada por esa diligencia, y en ese sentido, no hay ningún abuso al hablar de consecuencias políticas. Tal vez, esto lo conduzca a cambiar de profesión, a cambiar de familia, a cambiar de país. Y entonces, tanto en el plano de las incidencias con el discurso del buen sentido, como en el plano de las consecuencias con un discurso sobre la responsabilidad, se podría en todo caso ver cuáles son los entrecruzamientos entre la política y el psicoanálisis. Pero eso no es en modo alguno lo que voy a hacer esta noche.

Quisiera, en cambio, tratar de mostrarles en un recorrido por Freud, que construí como un paseo bastante informal, que en Freud la dimensión política siempre fue una inquietud, una preocupación, es decir, algo que lo atraviesa y que desde sus primeros escritos comprometía la idea que se hacía de la causa del sufrimiento de los hombres.

Esto puede sorprender, porque se ha hecho el retrato de un Freud tranquilo, como un buen burgués más bien reaccionario, él mismo lo dice en 1933, en un escrito que fue reunido bajo el título de *Nuevas Conferencias del Psicoanálisis*. Pero 1933 es una fecha en la historia del siglo, porque fue la fecha de la toma del poder por Adolfo Hitler. Y allí Freud escribe que el psicoanálisis no debe tomar partido políticamente. Pero ésta no es sino la primera parte de la frase. Luego dice que el psicoanálisis es tan revolucionario que el niño formado por él no puede después acomodarse ni del lado de la reacción ni de la opresión. Entonces, hay en esa confesión que Freud hace al final de su vida - él tiene 77 años cuando escribe esto - hay la idea de que el niño formado por el psicoanálisis, es decir, todos nosotros que somos de las generaciones de los hijos de la generación de Freud, es decir que nuestra frecuentación del psicoanálisis es suficientemente revolucionaria no para que tomemos partido políticamente, sino para que rechacemos un campo: el campo que Freud llama de la reacción o de la opresión.

Hay en ese viejo de 77 años, ya corroído por el cáncer, algo que hace eco a lo que cuando joven, a los 19 años escribe a uno de sus amigos, con el cual había decidido aprender el español para enviarse cartas en español. En la Austria de François Joseph y la de los Hansburg, y, mientras Bismark todavía estaba en el poder en Alemania, el joven Freud escribe: "soy republicano, pero en la medida en que considero la República como el único régimen racional. Yo no soy, por lo demás, de ningún modo enemigo de las aspiraciones socialistas, bien que no conozco ninguna de las formas bajo las cuales aparecen hoy. Hay verdaderamente cosas decididamente podridas en esta prisión llamada tierra". Hay algo podrido, dice Freud, haciendo también un eco al Hamlet de Shakesperare, hay algo podrido en esta prisión llamada tierra, cosas que las instituciones humanas, podrían mejorar en la educación, en la repartición de los bienes, en las formas de lucha por la vida, etc.



Se comprende por qué Lacan al final de un texto que hemos comentado todo el tiempo en el seminario de la maestría, ha podido decir de Freud, en las últimas páginas que nadie había gritado como este hombre de consultorio contra el acaparamiento del goce por aquellos que acumulan sobre las espaldas de los demás, las cargas de la necesidad.

Lacan reconoce en Freud a un hombre que en la soledad de su consultorio ha vociferado contra la desigualdad que hace que algunas personas estén en el goce y otras en la necesidad. Esta fibra no igualitaria, sino de justicia, esta fibra en Freud no puede en ningún caso ser desconocida, ya que, es seguramente a partir de esto que él ha podido forjar toda esta teoría sobre el psicoanálisis; es decir, toda la ciencia que él quiso fundar sobre el sujeto del inconsciente. Freud ha incluso propuesto identificar la sociedad como la responsable del efecto del inconsciente.

Cuando escribe en 1915, en medio de la guerra, "soy partidario de una vida sexual infinitamente más libre, la moral sexual tal como es definida por la sociedad, y sobre todo en la forma extrema que es la de la América" [los Estados Unidos de América] Freud hace seguramente alusión en ese momento no a la América de la liberación de las costumbres sino a la América del puritanismo, dice Freud, que esa moral sexual le parece fuertemente despreciable. Despreciable es una palabra extremadamente dura, que indica bien cómo Freud de entrada está comprometido en un combate donde va a tomar un lugar, que hoy es desconocido por una razón que debemos cernir y que no tiene de paradójico sino la apariencia. Podemos sostener que hemos olvidado el carácter revolucionario de Freud porque Freud ha ganado, porque ganó su combate por la liberación sexual.

Hay en un texto de Lacan, un texto difícil de leer, que se llama *Kant con Sade*, la observación de que es equivocado considerar que son las modificaciones técnicas aportadas por la ciencia las que cambian las condiciones de la ética. Lacan dice que, al contrario, es una modificación en el campo del discurso, es decir, en el mundo de las ideas la que firman el momento de modificación de la ética, la que permite a la técnica imponer su progreso. Es aquí que hay una toma de posición central. Quiere decir que la posición de Lacan, que es un lector de Freud, no considera que seamos enteramente víctimas de los progresos de la ciencia, sino que somos responsables de esos progresos porque nuestro deseo precede y condiciona ese progreso.

Entonces, hemos olvidado que fue Freud el primero que, no a título de una idea del ser humano, ni de una concepción del mundo, sino en nombre de la ciencia, ha dicho que una liberación sexual era deseable para luchar contra la causalidad del sufrimiento humano. Esta inquietud de Freud de lo que de la sociedad hace al hombre, que es una inquietud constante, e incluso masiva desde los *estudios sobre la histeria*; esta inquietud de Freud nos explica lo que hoy hemos olvidado; hemos olvidado qué parte él ha tomado en aquello que efectivamente hoy consideramos como algo adquirido, y que es, digamos, una disminución de la represión sobre la vida sexual.



Freud dice desde 1894, desde sus *estudios sobre la neurastenia y la neurosis de angustia*, que el sufrimiento neurótico de los seres humanos será liberado, será aliviado por la invención de medios contraceptivos no peligrosos. Esto debe ser recordado, que por primera vez en la historia de las ideas, haciendo abstracción de toda concepción general del ser humano, es decir, de una cierta manera, manteniéndose por fuera del campo de las ideologías - no se llega jamás a eso, pero dándose como ideal mantenerse lo más distanciado posible del campo de las ideologías -, y únicamente sobre un examen racional de la causa del sufrimiento de los seres humanos, Freud sostuvo una posición revolucionaria y fue el primero en sostener este punto, es decir, desde un punto donde reivindicaba su cientificidad. Y es porque efectivamente ganó ese combate que nos olvidamos que él lo condujo.

Entonces, cuando el viejo Thomas Mann dice a manera de broma que Adolfo Hitler es una invención del diablo para castigar a la humanidad por haber producido un hombre como Sigmund Freud, hoy pensamos que es un mal chiste. Pero, Thomas Mann que no pasaba por un anarquista sexual, que por el contrario es un hijo de la burguesía alemana, Thomas Mann no se equivocó. Tienen las mismas reflexiones en François Mauriac, incluso en André Malraux, a saber que, después de Freud no se pueden escribir novelas tan fantásticas como los casos clínicos que inventó en el sentido editorial.

Entonces, Freud fue un hombre que construyó sus teorías sobre el fondo de una inquietud política, es decir, de una preocupación continua.

Se puede tratar de resumir esa vertiente en Freud intentando distinguir tres grandes temas. Hay en Freud toda una corriente continua, que va desde sus estudios sobre la neurastenia y la neurosis de angustia hasta sus nuevas conferencias, va en el sentido de denunciar la opresión sexual de la civilización, es decir, de identificar el responsable del sufrimiento de los seres humanos en las malas acciones de las represiones que la civilización impone a la verdad de la pulsión sexual. Y es, por otra parte, en ese campo, en esa línea de inspiración, donde podría producir cientos de citas en las que Freud se encuentra confrontado con otra concepción que va a ser defendida por los marxistas, y es que la desgracia de los seres humanos se deriva de condiciones económicas. Este debate constante en Freud, ha sido también completamente olvidado, haciendo de él ese burgués reaccionario. Pero la preocupación de Freud, es al contrario, la de un hombre atento, que puede en 1933 aún escribir, que en el fondo las concepciones materialistas de la historia piensan que las ideologías de los seres humanos no son otra cosa que el resultado de la superestructura de sus condiciones económicas. Freud, entonces, que tiene incluso una cierta frecuentación de ese discurso, mientras se declara completamente ignorante, dice que esa tesis, de que la ideología es el resultado y la superestructura de condiciones económicas infraestructurales, es verdadera. Pero verdaderamente, no toda la verdad. Los lacanianos estarán seguramente muy atentos de esta expresión "no toda la verdad". Y Freud dice que la humanidad jamás vive completamente en el presente. En las ideologías del superyó, el pasado continúa



viviendo. Tanto tiempo como pasado y tradición actúan a través del superyó, juega en la vida humana un rol potente e independientemente de las condiciones económicas.

Entonces, ustedes ven a la vez la modestia y la prudencia científica de Freud de poner el campo económico como un campo al que califica de ser la verdad, y con la modestia de decir "pero no es toda la verdad", hay otro campo, que es el campo del inconsciente, es decir, donde el peso del pasado sobre el hombre es independiente de las condiciones económicas. Digámoslo de una manera muy simple, Freud reivindica la invención de otra alienación. Dice que hay una alienación económica, pero también hay otra, y es esta alienación que Freud llama alienación del sujeto a los ideales de su pasado, bien que Freud no es para nada un adversario de aquellos que luchan por la liberación económica de los seres humanos, sino simplemente aquel que recuerda que hay otra cosa. Así dice en 1908, en las minutas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, que en el proceso de hominización la influencia potencial de los factores económicos está sobrestimada y la influencia de la sexualidad está subestimada. Y Freud plantea una definición de la civilización y lo hace a mediados de la Primera Guerra Mundial, en la Introducción al Psicoanálisis, de la manera siguiente: "La base sobre la que reposa la sociedad humana es en última instancia de naturaleza económica, no poseyendo suficientes medios para permitir a sus miembros vivir sin trabajar, la sociedad está obligada a limitar el número de sus miembros y a desviar su energía de la actividad sexual hacia el trabajo".

Entonces, es una vena de inspiración en Freud, a saber que el hambre reprime el amor, que el trabajo reprime la sexualidad, y de cierta manera, que la sociedad, la cultura, rechazan la pulsión. Esto es algo que verdaderamente recorre toda la obra de Freud y que finalmente le va a servir casi de referencia íntima, para a la vez indicar cuál es su deseo - su deseo es que haya en el hombre más lugar para el amor, la sexualidad y la pulsión, es decir que los ideales del trabajo y de la cultura no operen por la represión de esa pulsión, porque Freud considera que entre más avanza la sociedad, más existe una alianza diabólica entre la represión sexual y esa causalidad económica. Por eso escribe al comienzo del *Malestar en la Cultura* "la represión sexual por causa económica ha alcanzado un punto culminante en nuestra civilización". Y Freud se interroga, sobre algo que le parece muy misterioso y que va producir un viraje en su vida, un viraje que corresponde con una modificación política mayor, que es el final del régimen de Habsburgo y la Primera Guerra Mundial. Y Freud está sorprendido por el hecho de que entre más se lucha contra la opresión sexual más se constata que el sufrimiento neurótico que era causado por esa opresión sexual es en adelante causado por la licencia sexual.

El dice en 1932, hay menos neurosis hoy suscitada por la represión de los instintos, en revancha se constata el aumento de las neurosis causadas por la licencia de los instintos. Y Freud dice una cosa sorprendente: el psicoanálisis aporta tanta claridad saludable como la elucidación de ciertas leyes económicas. Es decir, que Freud se encuentra muy sorprendido por la puesta en cuestión de su presupuesto primero, que el inconsciente, que exige la

represión de la vida sexual, está fabricado como la cultura; que hay una identidad de causalidad entre aquello que hace el inconsciente y aquello que hace la cultura, y Freud dice que es necesario entonces luchar contra la opresión cultural y se actuará contra los desastres del inconsciente. Y claro, en 1932 puede decirlo, finalmente mientras más se lucha contra la opresión sexual, más ella se desplaza. Entonces, hay otras razones que debemos encontrar.

Freud hace un largo camino que comenzó desde la segunda década del siglo, como lo testimonia un artículo bastante famoso entre sus lectores, que es el artículo sobre *la degradación de la vida amorosa* donde Freud escribe que la domesticación de la vida amorosa por la civilización trae consigo una degradación general de los objetos sexuales. He allí lo que nos puede incitar, dice Freud, a desplazar la mirada de los objetos a la pulsión. Continúo citando a Freud: "el error, el daño causado por la frustración inicial del goce se manifiesta en que cuando ese goce es vuelto más libre en el matrimonio, no tiene más efectos plenamente satisfactorios" y Freud se entonces pregunta por qué el obstáculo es necesario para causar el deseo del ser humano.

Esta preocupación de Freud que hace que se le vaya a buscar, todo el tiempo por razones ligadas a la política. Se ve en él la temática de la denuncia del inconsciente identificada a la opresión cultural. Se ve esta temática disminuida mientras que toda la temática de la pulsión aumenta. Esta es lo que está en juego en la segunda tópica de Freud; se trata de disminuir la importancia acordada del inconsciente, no para decir que ya no tiene importancia, sino para indicar lo que está en juego en la investigación. Freud es un investigador, estos son propósitos de un investigador. Entonces, disminuir en la investigación el crédito intelectual acordado al inconsciente para hacer oscilar este crédito del lado de la investigación de la pulsión, es la apuesta de la segunda tópica. Y que está verdaderamente el final de un camino político de Freud que consiste en volver de nuevo sobre su sueño que le sirvió de partida que es pensar que modificando la sociedad se van a suprimir las neurosis.

Y bien, eso conduce a Freud al descubrimiento que en el ser humano hay una pulsión que se opone a toda armonía posible, que prohíbe al hombre la esperanza de toda felicidad posible, y esa pulsión, que va a llamar pulsión de muerte, va a conducir a Freud a un giro teórico completo que culmina en un libro que se llama *El Malestar en la Cultura*, y que consiste en decir que no es debido a la cultura que hay efectivamente sufrimiento por efecto de la represión, sino que es a causa de la pulsión que existe la cultura. Quiere decir que la cultura es la tentativa hecha en la historia de los hombres de reprimir la pulsión; lo que hace que el camino político de Freud es haber hecho pasar la cultura como causa a la cultura como síntoma. El malestar en la civilización, en la cultura, es el síntoma del fracaso de los seres humanos de reprimir la pulsión, y la desgracia de los seres humanos es que entre más consiguen reprimir la pulsión, es decir, entre más se vuelven conformes a los



ideales sociales menos se dan cuenta que esa misma pulsión es la causa de la cultura como síntoma.

Freud descubre una ley, y es que en el fondo toda sociedad está construida sobre la tentativa de limitar los efectos de la pulsión de muerte, es decir, sobre la tentativa de limitar que el goce pase por la destrucción del otro, da la apuesta de la confrontación de Freud con los ideales sociales, donde Freud dice que no es para gozar suplementariamente que un hombre hace de su prójimo su propiedad, no es para gozar más que el hombre explota al hombre, sino porque la explotación es una manera de transacción, un trabajo sobre el goce, y que frente a ello la sociedad no puede operar sino por una lucha contra esta pulsión mortífera que hace que entre más la sociedad progrese más la sexualidad será amenazada y Freud va hasta decir que la cultura terminará por apagar la especie humana. Es decir que la idea de Freud es que, entre los ideales de la cultura son más potentes, más la humanidad se encuentra amenazada en su sobrevivencia misma, que debe a la pulsión.

Ustedes tienen toda esta corriente en Freud que le hace siempre decir, que le hace escribir al pastor Fischter, que era un pastor protestante suizo y que fue un compañero de ruta de Freud, Freud le dice mi pesimismo es un resultado, mientras que el optimismo es un presupuesto. Entonces, lo que es conmovedor en Freud es que a pesar de ese pesimismo habrá en él constantemente un punto de vista extraordinariamente combativo y que reposa sobre la siguiente constatación, la búsqueda del hombre de lograr más justicia es una búsqueda sin esperanza porque un doble vicio que la pervierte: el primero es que el ser humano no puede vivir sino en los estados civilizados que prohíben al individuo el uso de la injusticia, no porque esos estados quieran abolir la injusticia, sino porque quieren tener el monopolio de dicha injusticia. Entonces, Freud dice que el único progreso que tal vez el hombre puede soñar es el de delegar sus apetitos de goce a una estructura colectiva, no que sería garante de la justicia, sino que tendrá efectivamente la posibilidad de ejercer esa injusticia. Y Freud dice que eso corresponde a una sed de autoridad en el hombre y lo dice en un artículo que se llama *El porvenir del psicoanálisis*, y dice que esa sed de autoridad en los hombres que hace que puedan delegar el gusto por la injusticia a un Estado que permite la justicia porque él mismo es injusto, que esto es posible porque en el hombre hay algo que es la presión de su inconsistencia interior. Que, el ser humano corrientemente es un hombre profundamente inconsistente, y por consiguiente debe construir un Otro al cual delegue esta consistencia, y Freud va verdaderamente a plantear como ideal llegar a prescindir del padre.

Lo que dice Freud es que el sujeto es tan inconsistente, es decir que el sujeto dispone de tan pocos medios racionales para luchar contra su pulsión de agresividad, que delega, proyecta sobre un Otro cargado de autoridad una consistencia que venga a colmar el agujero de su inconsistencia. Y Freud dice que es exactamente eso lo que explica en el hombre la sed de autoridad y la referencia al padre; y Freud propone verdaderamente como un ideal lo que él llama aprender a renunciar al padre. No es una frase que yo tome de Lacan, sino de *Un*

recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci, que es un texto de Freud de 1910, donde Freud dice la necesidad de encontrar un sostén frente a una autoridad es tan imperiosa en el hombre que el mundo se pone a vacilar si esta autoridad llegara a ser amenazada. Leonardo Da Vinci pudo privarse de este apoyo, había aprendido en los primeros años de su vida a renunciar al padre.

Entonces, esta observación de Freud nutre finalmente en él no una esperanza como al principio, sino una voluntad, una determinación que le hará afirmar constantemente un punto de vista, por así decir, no reformista, sino profundamente combativo en nombre de la razón. Lo que dice por ejemplo, en su correspondencia con Fischter: "*La importancia del psicoanálisis sobrepasa lo médico, podría tener de manera preventiva una acción de masas*". Y entonces, lo que Freud muestra en ese momento es una asignación al psicoanalista de una voluntad, en nombre de la razón, a la vez de luchar contra los traumatismos infligidos a la pulsión y al mismo tiempo contra la ilusión provocada por la sed de autoridad y por la inconsistencia de los hombres.

Cito a Freud, a mediados de los años de 1910: "*El aumento extraordinario de las neurosis, por el hecho de la sed de autoridad y la inconsistencia interior de los hombres aumentan desde el debilitamiento de las religiones*"; la nueva misión que Freud asigna a los psicoanalistas, que es una misión política, es de habituar los hombres a vivir sin ilusiones. Esto deviene verdaderamente el nombre de su deseo, que puede formular hasta el extremo cuando escribe que su repudio del comunismo no proviene de ningún modo de sus ideales de justicia a los cuales rinde homenaje, sino del haber hecho del marxismo una religión. Es decir, Freud dice de alguna manera y también explícitamente, que lo que él reprocha a los ideales de justicia social es el hecho de ser ideales, porque el ideal siempre reposa sobre la proyección en un lugar exterior a usted mismo de una consistencia que hace de falta en usted. Quiere decir que Freud nos demanda en nombre del psicoanálisis abandonar los ideales de justicia.

Ahora bien, la única manera de leer a Freud es que si él asigna al psicoanálisis la meta de abandonar el ideal de justicia es para hacer de la justicia no un ideal sino una certeza, la causa del deseo. Lo que Freud nos pide no es suprimir los ideales que la sociedad nos presenta como valores, sino hacer de esos ideales no ideas, sino puntos de real que nos dividan y que digan efectivamente lo que es nuestra certidumbre anticipada. Por consiguiente, la inquietud del psicoanálisis y del psicoanalista es que los valores humanos sean valores, mientras que deberían ser puntos de certeza. Y Freud lo dirá incluso irónicamente en su artículo sobre la melancolía, cuando se burla del delirio de autoacusación del melancólico, que él cree en el peor dolor moral llegado al borde del suicidio, el melancólico se acusa diciendo yo soy un canalla, y Freud dice es verdaderamente una lástima que sea necesario tanto sufrimiento para llegar a esta verdad evidente.



Quiere decir que la lección política de Freud es ver que la causalidad freudiana, es que cada uno sienta en si esta profunda maldad, y que no lo sienta de ningún modo sobre un punto de vista moral con el que él va a denunciarse en el tribunal de los ideales, sino como el efecto de haber hecho en él mismo la prueba de que lo que causa su deseo es una pulsión de explotación y mortífera. Es, por haber hecho la experiencia de que lo que hay en él más particular no es un ideal sino una porquería. Que esa porquería precisamente no puede más ser reivindicada para hacer consistir los ideales, un poco como esos obsesivos que se pasean por el mundo diciendo que son basura. Eso es simplemente para hacer consistir el ideal.

Y bien, Freud nos pide hacer la experiencia de que nuestro ser, aquello que tiene de más particular, está en la pulsión, que esa pulsión arruina los ideales y que en este momento efectivamente se puede hacer de los valores humanos no más ideales, sino simplemente como la respuesta a esta maldad de la pulsión. Es decir, en cierto modo, la respuesta al hecho de que la pulsión vuelve imposible el vínculo entre los seres humanos.

Quisiera corregirme, porque habiéndome dejado llevar por mis ideales de transmisión yo mismo utilicé un vocabulario moral con esa palabra de maldad. Lacan también lo hace cuando habla de kakón del ser. No se trata de la maldad de la pulsión de la cual hay que hablar, sino que a la mirada de la pulsión no disponemos de nada que nos pueda decir lo que es bueno y lo que es malo.

Podría resumir la política de Freud por esta reflexión extraordinariamente simple de Lacan en el libro que se llama *El reverso del psicoanálisis*, donde Lacan escribe en la página 36 de la edición francesa, "el significante, es decir, el lenguaje, no está hecho para la armonía sexual" —es otra manera de decir lo que es la causalidad freudiana—. En el campo del lenguaje, sea el del individuo o de la sociedad, el hombre sufre, el ser humano sufre porque nada le dice lo que él valdría para su sexualidad. Y se podría decir que la política de Lacan será mostrar que la causa de esto no es tanto la inconsistencia del sujeto, ésta en el fondo es la tesis de Freud, la causa de Lacan es la inconsistencia del Otro. El pesimismo de Freud de que el progreso a medida que avanza aumenta la represión de la vida sexual y amenaza la humanidad, por el hecho mismo de una delegación de inconsistencia que el sujeto hace al Otro, la tesis de Lacan finalmente será una cierta vuelta de tuerca de esto, que es precisamente porque el Otro es inconsistente, es decir, porque el mundo del lenguaje no da la clave de la sexualidad al sujeto, que el sujeto va a encontrar su certeza por fuera del campo del ideal.

Es lo que quería decirles.



PREGUNTAS

Pregunta: Esta mañana en una conversación con el Dr. Leguil él decía que el discurso del universitario consistía en tratar como muertos a los grandes pensadores, una de esas formas es vulgarizarlos, como lo ha tenido que padecer Freud, cuando por fuera del mundo psicoanalítico se lo vulgariza como pansexualista.

Marx es otro que ha padecido la vulgarización, por ejemplo, bajo la forma de reducir la complejidad y la riqueza de su pensamiento a la dimensión económica, e incluso llegar a pensar que es simplemente un problema de hambre. Un trabajo como *El Capital* no es una reflexión únicamente sobre un modo de producción, sino sobre un modelo de civilización. Y en ese sentido, es frecuente escuchar en cierto sector del mundo psicoanalítico, apoyado en esa verdad que Freud revela en *El malestar de la cultura*, donde dice que el sufrimiento y el malestar es consustancial al ser humano, derivar de allí que un malestar es lo mismo que otro, o sea que se deriva una suerte de ética cínica, por la cual dado que el malestar siempre nos acompaña entonces no habría nada que hacer contra el malestar. Y entonces, llegan a postular que el papel del psicoanalista es la de degollador de los ideales. Lo que quisiera reivindicar es que los seres humanos pueden pelear por cualificar el malestar y que en el psicoanálisis no subyace una idea de la resignación, por ende, que el anhelo por una sociedad en la cual las cosas se organicen de una manera distinta no tiene que ver con que los hombres o las mujeres estén entregados a la inútil ilusión. ¿Usted qué piensa de un concepto que es central en la política moderna que es el concepto de libertad entendida en su dimensión social y colectiva?

François Leguil: Es verdaderamente una pregunta que reclamaría un seminario de un año. Voy a responder rápido que hay en Lacan y en Freud una aproximación a la libertad que es doble: a la vez el discurso sobre la libertad es de tenido como un discurso delirante, el sujeto libre es, después de todo, el psicótico Schreber, que es tan libre que se exime de toda la realidad del mundo, el sujeto libre es aquel que a través de las vías del lenguaje se construye un mundo que solamente vale para él. Entonces, tanto en Lacan como en Freud, en la medida en que reflexionan sobre el sujeto del inconsciente, una concepción del sujeto como radicalmente alienado al Otro. El sujeto finalmente no es sino la marioneta de las representaciones inconscientes, de los significantes, que determinan su destino. Esa es una fibra permanente que va entonces en todo lo que Freud puede decir sobre el destino identificado al inconsciente y que se reencuentra en Lacan, a saber, que el discurso sobre la libertad es un discurso loco.

Pero hay otra versión que hace que Lacan haya retomado por su cuenta la herencia freudiana, una herencia completamente impensable que data de 1896 en Freud, a saber, la concepción de la elección de la enfermedad por el sujeto. Quiere decir que el sujeto



histórico, psicótico, perverso, obsesivo o fóbico, es supuesto haber él mismo elegido aquello que es lo más impensable, que es su estructura que le permite pensar. Es un punto casi inutilizable en clínica; pero se ve hasta donde va el primer pensamiento de Freud hasta culminar en Lacan cuando dice el sujeto es feliz -es únicamente a título de la consciencia y de las desgracias de la conciencia que se queja- es identificar el sujeto mismo con la libertad. Simplemente que la libertad en Lacan no es aquello que exalta al sujeto como un individuo autónomo. La libertad en Lacan, en cierto modo, es la barra que divide al sujeto, porque el sujeto del inconsciente puede ser concebido como un sujeto que no sabe qué hacer con esta libertad que lo define. Y otra manera de escribir lo que sería un matema de la libertad sería escribirlo de esta manera, a saber que el gran Otro -el gran Otro es aquello que en Lacan nombra a la vez el lenguaje, la máxima alteridad, el inconsciente, el gran Otro que Freud llama la cultura, la sociedad, el Estado- Freud dice que es una consistencia imaginaria, y Lacan dice el gran Otro existe en tanto que inconsistente, es decir que la inexistencia del Otro es la manera como él se nos señala, no del todo en el sentido en que Lacan encontraría aquí una variación de la potencia negativa, sino en el sentido de que aquello que divide el sujeto es que para las elecciones cruciales de su existencia no hay ningún Otro que le diga qué hacer.

Esa es la apuesta de la cita en Freud, que las neurosis crecen en la misma proporción en que declinan las religiones. Aquí hablamos en una sala, yo lo veo, ustedes volteen la cabeza, donde se afirma la presencia extremadamente manifiesta de un crucifijo. Nadie puede dudar del gran valor civilizador de las religiones, nadie puede dudar de los buenos hechos culturales considerables que las religiones aportaban a la historia de la humanidad, nadie puede dudar que el monoteísmo es un progreso; pero hoy constatamos que esas religiones ya no pueden más venir al lugar de un Otro consistente, que ellas lo lograban hasta el oscilación de los siglos XVIII y XIX. Hoy ustedes pueden muy bien creer en Dios, pero eso no les va a dar ninguna indicación de lo que deben hacer con su vida sexual. Y Lacan, siguiendo a Freud, muestra allí una de las causas del aumento de las neurosis. Y Freud no hace de ello un motivo de pesimismo. Es muy curiosamente en el artículo que dedica al psicoanálisis laico, que dice que frente a esa caída, es preciso trabajadores sociales psicoanalíticamente formados que podrían corregir eso y luchar contra las neurosis nacidas de la civilización. De la misma manera, cuando va a criticar en *El malestar en la cultura* el combate comunista contra la desigualdad de las riquezas, Freud a la vez, en la página 67 de la edición francesa, rinde homenaje al valor de ese combate y al mismo tiempo dice que es criticable. Lo cito: "Este justo punto de vista de los socialistas es perturbado y despojado de todo valor práctico por un nuevo desconocimiento idealista de la naturaleza humana". Y más tarde dirá que aquello que él critica en el comunismo, es la consideración que en su pregunta usted acaba de hacer, lo dice textualmente, es el haber hecho del socialismo, del marxismo, una concepción del universo.

Entonces, hay en Freud, en mi opinión, una simetría entre esa posición combativa por la razón -hay en *El porvenir de una ilusión* hermosas páginas sobre la razón descrita como una



pequeña voz que no se detendrá jamás antes de que le escuchemos. Entonces, hay en Freud una simetría entre ese combate contra las ilusiones, contra la potencia de los ideales y una idea implícita de la libertad del hombre que se manifiesta en Freud en su teoría de la sublimación; se manifiesta en el hecho de que él puede a la vez denunciar en 1910 el engaño del amor y en 1930, en *El malestar*, decir que debemos únicamente al amor aquello que la civilización tiene de soportable.

Podríamos decir aún muchas cosas, pero yo estoy de acuerdo con usted sobre la increíble simplificación que he cometido a propósito de los ideales. Quisiera intentar mostrar a lo largo del seminario de la Maestría que el psicoanálisis no es para nada un destructor de los ideales, lo que destruye los ideales es la vida cotidiana y no hay necesidad del psicoanálisis para demoler los ideales.

El psicoanalista no busca destruir los ideales, él busca que el sujeto tome conocimiento y adquiera el saber de la función del ideal, a saber, que el ideal opera en la represión de la pulsión. Entonces, el psicoanalista, sobre ese punto de vista, es un combatiente por la libertad, es lo que se llama la neutralidad del psicoanalista. Es una palabra muy mala, es más bien un respeto de los ideales. Imagínese el efecto que causaría un psicoanalista si en el curso de las primeras entrevistas con su paciente, su paciente le dice que practica tal religión, que se hace tal idea del amor, y que el psicoanalista le diga "escuche, querido amigo, todo eso son tonterías". Que el psicoanalista, de entrada ataque la creencia del paciente lo que se reclama como neutralidad del analista, es el deber respetar y de no atacar las creencias, sino de poner en función un dispositivo que dé al sujeto la medida de aquello a lo que le sirven sus creencias. Es decir no se quiere hacer otra cosa que advertir al sujeto de la causa de aquello en lo él que cree; porque lo que nos ha mostrado bien la guerra de las religiones es que la única manera de atacar un ideal o de atacar una creencia es imponer otro ideal u otra creencia. Entonces, sobre ese plano el psicoanalista es un combatiente por la libertad. Pero sólo puede hacerlo a condición de hacer de la libertad una cosa diferente a un ideal. La libertad no es un ideal, es una dura servidumbre. La libertad no es una definición de una condición humana para el psicoanalista, sino una condición de posibilidad del acto.

Pregunta: Quisiera hacer dos preguntas: Kant dice que toda política verdadera no puede dar un paso sin antes rendir homenaje a la moralidad, quisiera saber entonces de la articulación entre ética y política en el psicoanálisis. La segunda: la política ama la consistencia del poder de manera que cuando el poder se hace débil pivotea en forma de terrorismo, anarquismo, etc. Usted ha mencionado que en el psicoanálisis se trabaja con la inconsistencia del sujeto, inconsistencia del Otro, por lo tanto el psicoanálisis sería una antipolítica?



François Leguil: Sobre Kant, he confesado todo el tiempo que mi formación es médica y psiquiátrica, por lo tanto no estoy muy bien formado para responder sobre Kant. He leído con la más grande dificultad las críticas, pero voy a cuidarme bien de no comprometerme en ese terreno. Entonces voy a darle una respuesta muy ingenua. Cómo entiendo yo "rendir un homenaje a la moralidad". Se puede entender tal como Lacan define la moral, muy precisamente en el texto *Kant con Sade*. Dice que la moral es el ejercicio incondicional de la razón. Con frecuencia en nuestro argot psicoanalítico se ha opuesto la moral y la ética. Es un juego de palabras. Simplemente queremos una moral que no sea una moral de las costumbres. Una ausencia de moral es un universo de canallas. Simplemente queremos una moral que repose sobre la razón, es decir, la razón según Freud, a saber que todo ideal reprime la verdad que viene del fondo del ser. Eso no quiere decir que no se necesiten los ideales, sino que es necesario saber eso.

Es precisamente porque no se cree en la promesa del hombre político que a título de una cierta moralidad de la acción, el psicoanalista debe comportarse como ciudadano. Entonces, cuando usted dice que la política es la consistencia del poder -la consistencia, en la enseñanza de Lacan, es lo que él llama el goce-; la consistencia del poder es el goce que hay en su ejercicio, y que no es porque habría que desconfiar de esa consistencia que se tendría que entonar todos los cantos del anarquismo, porque el psicoanalista no es un denunciador del goce. Aquel que denuncia el goce es el religioso -lo denuncia y lo prohíbe-, o el histérico. El psicoanalista plantea el goce como permitido, y Freud lo dice, Lacan también, que ese goce del hombre político que se siente llamado por sus capacidades a cambiar algunas cosas sobre la tierra, este goce es perfectamente legítimo. Freud dice que hay hombres que no tienen otra elección que ser grandes hombres o grandes delincuentes.

No se trata, en ningún caso, de denunciar el goce del poder, se trata simplemente de reconocer que la única consistencia del poder es ese goce para el sujeto, y saberlo, puede orientar a alguien en la vida. Y después de todo, amo por amo, Churchill no es Hitler. Y el goce en Churchill está perfectamente presente en su misma enunciación. Cuando escuchamos en la radio, en ediciones históricas, su discurso a las comunas, ese famoso discurso "vamos a luchar en las ciudades, en los campos" es verdaderamente un goce de amo, "y yo les prometo", es un goce de amo; pero un goce perfectamente legítimo, e incluso un goce que Freud hubiera celebrado. El goce no es malo para el psicoanalista, es incluso la única manera de encontrar la consistencia.

Pregunta: En el Seminario *El reverso del psicoanálisis*, Lacan dice que del discurso del amo lo único que se podría esperar es que sepa lo que hace, ¿qué nos puede decir al respecto?

François Leguil: Le diré que nunca podré decirlo mejor, que esto es como un ideal que vale para todos los que hacen de la razón una regla de vida. La exigencia en la cual nosotros



debemos estar es, cada vez que sea posible, saber lo que se hace, es decir, en el acto saber lo no sabemos de lo que hacemos y hacerlo no obstante. Entonces, la expresión saber lo que se hace está siempre limitada por el hecho de que lo haremos aún sin saberlo. Simplemente es preciso que lo que no se sabe no sirva de pretexto y no sea más que el marco de lo que se sabe. Pero cuando Lacan dice que el amo es aquel que sabe lo que hace, es un poco aquello que hace, es lo que nos presenta Suetonio, un amo completamente víctima de su goce, completamente inspirado por el goce del poder. Es seguramente una figura contraria la que produce Lacan, el amo como un ideal de saber y saber sobre su goce.

Affectio Societatis

